



OCTUBRE
2024 - N°183

**Revista de
espiritualidad,
información
y promoción
Eucarística.**

Adoradores

**La revista Adoradores te invita:
Retiro Espiritual Eucarístico
Ver Pag. 2**



RETIRO ESPIRITUAL EUCARÍSTICO

DEL 29 DE NOVIEMBRE AL 1 DE DICIEMBRE

**ENCUENTRO
CON JESUS SACRAMENTADO
CONVERSION Y SANTIDAD EUCARISTICA**

**CAMBIA TU VIDA Y TU HOGAR
DESDE LA ADORACION**



RESERVAS:

 +5493815611581 

WWW.CASABETANIAALAFALDA.COM.AR

Predicado por el director de la revista "Adoradores", p. Mauro Carolosi CO., y por sacerdotes promotores de la eucaristía. Consultas y reservas en Casa Betania (La Falda, Córdoba, Arg.) +5493815611581

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carolosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



El mundo invisible

“Los ángeles del cielo ven sin cesar el rostro de mi Padre” (Mt 18,10).

Los ángeles se ocupan activamente de nosotros en la Iglesia. No hay ningún cristiano que por muy humilde que sea que no tenga un ángel para servirle, si vive por la fe y el amor. Aunque ellos sean tan excelsos, gloriosos, puros, tan maravillosos que su sola vista nos hace postrar en tierra, como le pasó al profeta Daniel (10,9), con todo ellos son nuestros servidores y nuestros compañeros de trabajo. Ellos velan sobre nosotros; nos defienden hasta al más humilde de entre nosotros, si nosotros estamos enraizados en Cristo.

Ellos son parte de nuestro mundo invisible, en alguna ocasión se manifiestan como a Jacob (Gn, 28,10s). El pensó que ¡qué era aquella cosa tan maravillosa que le estaba ocurriendo si estaba dormido!... Jacob no conocía más que el mundo visible; no conocía el mundo invisible, y sin embargo el mundo invisible estaba allí. Estaba

allí, aunque Jacob no realizó nada para provocar su presencia, la cual solo se revela sobrenaturalmente.

El tiene la revelación en un sueño: “una escalinata apoyada en la tierra, y lo alto tocaba el cielo; los ángeles de Dios subían y bajaban por la escalinata; y el Señor estaba en la cumbre”.

He aquí que existe otro mundo: la gente habla como si no existiera nada más después de la muerte. No, existe ya ahora, aunque nosotros no lo veamos: está entre nosotros, en torno nuestro. Así se le mostró a Jacob; los ángeles estaban a su alrededor, allí mismo sin saberlo él. Lo que Jacob vio en sueños, otros también lo han visto... y entendido como los pastores de noche buena. Estos espíritus bienaventurados alaban a Dios día y noche, y nosotros, desde nuestro estado, también los podemos imitar.

Beato John Henry Newman



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



ADORADORES

pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augustísimo sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es. Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S.

Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco por tu Santísimo Hijo Jesús. Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine



El sacerdocio

Continuamos con las reflexiones de San Pedro Julián Eymard, el gran apóstol de la Eucaristía. Que renuevan nuestro amor a Él.

El sacerdocio es la mayor dignidad que hay en la tierra. Es mayor que la de los reyes, pues su imperio se ejerce sobre las almas, sus armas son espirituales y divinos sus bienes; su gloria es la del mismo Jesucristo.

Divino es asimismo su poder. El sacerdocio engendra almas a la gracia y para la vida eterna. Posee las llaves del cielo y del infierno. Tiene todo poder sobre el mismo Jesucristo, a quien hace bajar todos los días desde el cielo sobre el altar.

Tiene todo poder de gracia por habérselo dado Jesucristo: puede perdonar todos los pecados y Dios está comprometido a ratificar siempre en el cielo la sentencia por él pronunciada. ¡Poder formidable en verdad, que manda al mismo Dios!

El ángel es siervo del sacerdocio; el demonio tiembla delante de él; la tierra le mira como salvador y el cielo como príncipe que conquista elegidos.

Jesucristo ha querido que sea otro Él mismo; es un Dios por participación, Jesucristo en acción.

El estado más santo

El sacerdocio es el estado más santo, pues que la vida debe corresponder a la dignidad.

¡Qué pura no debe ser la vida del sacerdote! Más pura que los rayos del sol, dice san Juan Crisóstomo; debe

ser un sol: *Vos estis lux mundi* (Tú eres la luz del mundo).

Debe ser más incorruptible que la sal que preserva de la corrupción las demás substancias: Vos estis sal terrae (Tú eres la sal de la tierra). Más casta que las vírgenes: el sacerdote debe ser ángel en carne mortal y estar como muerto a toda concupiscencia.

La humildad debe igualar a su dignidad; todo lo que le eleva es de Dios, todo lo que le rebaja es suyo; por sí mismo no es en el fondo más que miseria, pecado y nada.

Su caridad debe ser grande como el mismo Dios, que le ha hecho ministro suyo de caridad y de misericordia en la tierra.

Su dulzura debe ser como la de su Señor, a quien los pueblos llamaban mansedumbre y los niños amaban como la misma bondad.

El sacerdote debe ser viva imagen de Jesucristo, y decir a todos como san Pablo: Sean imitadores míos, como también yo lo soy de Cristo. (1Co 4, 16).

El más glorioso

El ministerio del sacerdote es el más glorioso para Dios.

1.º El sacerdote completa la creación divina elevando al hombre hasta Dios; le devuelve a la creatura la imagen y se-



“¡Qué pura no debe ser la vida del sacerdote! Más pura que los rayos del sol, dice san Juan Crisóstomo; debe ser un sol...”

mejanza del Creador, aquella que el pecado manchó y desnaturalizó; Creado en Cristo Jesús (Ef 2, 10): en virtud de su ministerio somos creados de nuevo en Jesucristo.

Vuelve a levantar las ruinas de este magnífico edificio y hace de él una obra maestra de la gracia y objeto de las divinas complacencias. El hombre bautizado vuelve a ser hijo de Dios; el hombre santificado se hace digno miembro de Jesucristo, rey espiritual del mundo.

2.º El sacerdote continúa en la tierra la misión del Salvador. En el altar, continúa y acaba el sacrificio del calvario, aplicando a las almas los frutos divinos de salvación.

En el confesionario, las purifica con la sangre de Jesucristo y las engendra a la santidad de su amor.

En el púlpito publica su verdad, su Evangelio de amor. Hace reverberar en ellas los rayos del sol divino de las almas, alumbrando y fecundando a los hombres de buena voluntad.

Al pie del sagrario, el sacerdote adora a Dios oculto por amor, del mismo modo que los ángeles le adoran en la gloria. Allí es donde ora por su pueblo y es poderoso mediador entre ellos y el pobre pecador.

En el mundo, el sacerdote es amigo del pobre, consolador nato del afligido y del enfermo, el padre de todos. Es el hombre de Dios: *Tu autem o homo Dei* (Pero tú, oh hombre de Dios) (1Tm 6, 11).

¿Cómo adquiriré esta santidad excelsa? Por medio de Jesucristo.

Jesús ama al sacerdote, y le prodiga toda clase de gracias y favores.



Servicio de Jesucristo

Invitación a los sacerdotes, ministros auténticos de la Eucaristía, a vivir exclusivamente para Jesús.

El sacerdote procede de Jesucristo; tal es su divino origen. Todo lo que tiene, todo lo que posee nace del amor del Salvador, por lo cual a Él debe referir toda gloria. ¡No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino da gloria a tu nombre!

El sacerdote es completamente para Jesucristo. Él es el fin del sacerdote, el fin de todas las gracias de su sublime vocación: “ustedes son de Cristo, y Cristo es de Dios” (1Co 3, 23). Debe, por consiguiente, darse por entero al servicio de Jesucristo, su divino Señor, como bueno y fiel siervo.

Y el servicio de Jesucristo exige tres cosas.

1° Libre del mundo

Es la primera estar libre del mundo. No se puede servir a dos señores a la vez, sobre todo cuando se trata de dos señores tan opuestos como Jesucristo y el mundo.

Por eso un sacerdote debe estar muerto a la gloria, a los placeres, a los bienes y a los afectos terrenales, no buscando todo esto más que en Jesucristo: “Si fueran de este mundo, el mundo habría amado lo que era suyo; porque no son del mundo, por eso el mundo los odia” (Jn 15, 9).

¿Amo todavía al mundo? ¿Me ocupan o me agradan su gloria, bienes, gozos y afectos? ¿Me ama el mundo?

¡Desdichado de mí en este caso! Soy un sacerdote del mundo. Carezco de la calidad del sacerdote de Jesucristo, que consiste en estar muerto al mundo y en vivir escondido con Cristo en Dios: “Estás muerto y tu vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 2, 3).

2° Consagración exclusiva

La segunda cualidad del sacerdote de Jesucristo es estar consagrado exclusivamente al servicio personal de Jesucristo, al cumplimiento de su santa voluntad y de los deberes del sacerdocio.

El estudio de la santa ley debe ser por consiguiente preferido a cualquier otro estudio, y aun excluir todo estudio contrario, nocivo o inútil al fin del sacerdocio. Muy reprehensible e indigno sería el sacerdote que supiese de todo menos de Jesucristo, la sagrada Escritura, la teología y el derecho canónico.

El sacerdote debe consagrarse exclusivamente a sus sagradas funciones. Debe subordinarlo todo al servicio del Rey; todo desaparece delante de Él.

Primero Jesús

El servicio del prójimo no debe pasar antes que el de Jesucristo; no es razón servir al siervo antes que



al Señor. Pero seremos persistentes en la oración y en el ministerio de la palabra (Hech 6, 4), dicen los apóstoles, dando a la oración el primer puesto entre sus deberes y anteponiéndola al ministerio exterior. Las funciones supremas del sacerdote son orar, celebrar la Santa Misa, rezar el oficio divino, unirse con Jesucristo.

¡Cuántas veces! ¡ay! ¡he trabajado prescindiendo de mi sacerdocio!: Un gran sufrimiento, pero más allá del mío ¡Cuántas veces he dejado al Señor por acudir a extraños, el servicio de Dios por el servicio del mundo! ¿Qué me dirá el supremo Juez?

3° Abnegarse por completo

La tercera cualidad del sacerdote consiste en abnegarse por completo por la gloria del Señor, renunciando y sacrificando la propia gloria: es preciso que Él crezca y yo mengüe, decía san Juan Bautista:

“El águila vuela con más facilidad y poder que el pajarillo; su fuerza radica en las alas; la fuerza del sacerdote está en el amor regio de Jesucristo...”

En trabajar bien, sin esperar más recompensa que el haber servido debidamente al Señor.

En sufrir mucho en su servicio, sin otro consuelo que el de pertenecerle.

Sacrificarlo todo por su servicio y no querer más premio que Él mismo, tal debe ser la vida de un buen sacerdote de Jesucristo.

¿Se han conformado con esto mi conducta, mi deseo y mi dicha? En caso afirmativo, para mí fueron dichas estas palabras: Salve, siervo bueno y fiel, porque sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré, entra en el gozo de tu Señor (Mt 25, 21).

El águila vuela con más facilidad y poder que el pajarillo; su fuerza radica en las alas; la fuerza del sacerdote está en el amor regio de Jesucristo, su señor.



“Esa es la regla, la misión y la corona del sacerdote y también la mía. Tengo que vivir de la verdad de Jesucristo, que debe ser mi regla de vida...”

Espíritu de Jesús

El autor propone imitar a Cristo en su verdad y su amor.

Debe el sacerdote vivir del espíritu de Jesús: El que se aferra al Señor es un solo espíritu. Es el Espíritu el que da vida. Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, este no es suyo (1Co 6, 17; Jn 6, 64; Ro 8, 9).

El espíritu de Jesús es espíritu de verdad y de amor.

Espíritu de verdad

Jesucristo vino a disipar las tinieblas del error con su divina luz. A todos predicó. Para todos fue testigo fiel, sellando el testimonio con su sangre. Es la verdad misma: Yo soy la verdad (Jn 14, 16; 18, 37). He venido aquí para



dar testimonio de la verdad, dijo Jesús a Pilatos.

Esa es la regla, la misión y la corona del sacerdote y también la mía. Tengo que vivir de la verdad de Jesucristo, que debe ser mi regla de vida invariable e inflexible: “Eres la luz del mundo”. La verdad es vida para mí; con ella debo alimentarme todos los días en la meditación y en el estudio sagrado.

Jesucristo me ha hecho apóstol, defensor y testigo de la verdad y quisiera Dios que fuera mártir por ella. Lejos de mí el avergonzarme de la verdad de Jesucristo, que el abjurar mi sacerdocio y mi fe sería tanto como avergonzarme de mi Señor. Antes, al contrario, debo anunciarla intrépidamente, con fuerza y pureza, a pequeños y grandes, en la paz como en la guerra: “Seréis mis testigos”. La verdad es mi espada de dos filos y el cetro real de mi sacerdocio.

Para ser siempre fiel a la verdad, menester es que la ame, que de ella viva y dispuesto esté a morir por la misma.

Espíritu de amor

El espíritu de Jesús es espíritu de amor, Jesucristo es el amor divino humanado, hecho visible y sensible.

1.º El amor de Jesús está lleno de mansedumbre y de misericordia: He aquí que viene su Rey, amable con ustedes (Mt 21, 5) ...

Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11, 29).

¡Qué manso y paciente fue para mí este amor de Jesús cuando le ofendía

y no le amaba! ¡Cuán compasivo y caritativo, cuando era desdichado por haberme alejado de Él, por mi culpa! ¡Qué paternal y honroso fue el perdón!

Así debo ser yo con los demás, haciendo lo que hizo primero Jesús y lo que me pide que haga por gratitud hacia Él.

2.º El amor de Jesús es generoso, me da cuanto tiene: verdad, gracia, gloria, vida y muerte. Me da todo lo que es dándose en el santísimo Sacramento, sin guardarse nada para sí.

¡Qué amor! ¿Quién hay que así ame? ¿Quién es capaz de amar como Jesús ha amado? ¿Y qué haré por Él en pago? –Sí, daré todo lo que tengo; me daré a mí mismo: “Mi amado para mí y yo para él” (Cant 2, 16).

3.º El amor de Jesús es fuerte como la muerte: según el Cantar de los Cantares (8, 6). Para probármelo sufrió hambre, sed, pobreza, menosprecios, humillaciones. Ha querido sufrir atroces dolores, darme toda su sangre, morir en la cruz en medio de tormentos, abandonos, desdenes y maldiciones de su pueblo. Y el objeto de su amor era yo: “Él me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 20).

Se sigue, pues, que también yo debo sufrir por amor de Jesús, si quiero probar que le amo de veras y desinteresadamente. Luego tengo que abrazar la cruz de Jesús, crucificarme, querer ser crucificado por Dios y por los hombres y en la cruz morir por su amor: ¿Quién me separará de la caridad de Cristo?... ¡Pero en todo esto vencemos gracias a aquel que nos amó! (Rom 8, 35. 37).



A Jesús con María

Invitación a servir a Cristo como lo hizo su Madre, con espíritu de pureza y de amor.

El sacerdote, que participa de la dignidad de María, debe participar asimismo de sus deberes y servir a Jesús como Ella lo sirvió.

Pues bien: María sirvió con gran espíritu de pureza.

Espíritu de pureza de María

Fue creada inmaculada porque Dios no puede morar en corazón impuro: “Que se alimenta entre los lirios” (Cant 2, 16).

Dios me ha santificado también a mí antes de adornarme con su sacerdocio, mediante el cual llego a ser como padre de Jesucristo: *Sacerdotes parentes Christi* (Los sacerdotes son los padres de Cristo).

Cada día vuelve Jesucristo como a en-

carnarse en manos del sacerdote como lo hizo antes en el seno purísimo de María. “Por lo cual, dice San Agustín, es preciso que el sacerdote sea santo, puesto que produce sobre el altar y lleva en sus manos al Dios tres veces santo”.

Siempre se conservó María pura y sin mancha, sirvió a Jesús conforme a los deseos del profeta: Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, o quién descansará en tu santo monte? Con manos inocentes y corazón puro.

Para servir dignamente a Jesús es necesario que esté siempre en estado de gracia y me conserve puro de todo pecado. Si fuera posible, debería tener la pureza de los Ángeles que le sirven en el cielo.

Sea la pureza de conciencia, la pureza de vida, mi virtud regia, que ella es



“Señor, ¿[...] quién descansará en tu santo monte? Con manos inocentes y corazón puro. Para servir [...] a Jesús es necesario [...] que me conserve puro”



la que a todas las virtudes da fuerza y hermosura. Sin ella las virtudes más sublimes no son otra cosa que un cadáver de la virtud y los actos más heroicos carecen de valor.

Es absolutamente necesario que sea puro para tener el atrevimiento de acercarme al santo altar y ser mediador entre Dios y los pecadores, es necesario que sea puro para purificar a los demás.

¿En qué estado me encuentro en punto a pureza sacerdotal? ¿La he conservado, hermoseedo, adornado y perfeccionado como María? ¿Es en mí una vida y un estado esa pureza? ¡Mener es que llegue a serlo, puesto que soy sacerdote de Jesucristo!

Espíritu de amor de María

María sirvió a Jesús con el amor más puro, abnegado y desinteresado, amando y sirviendo a Jesús por Él mismo.

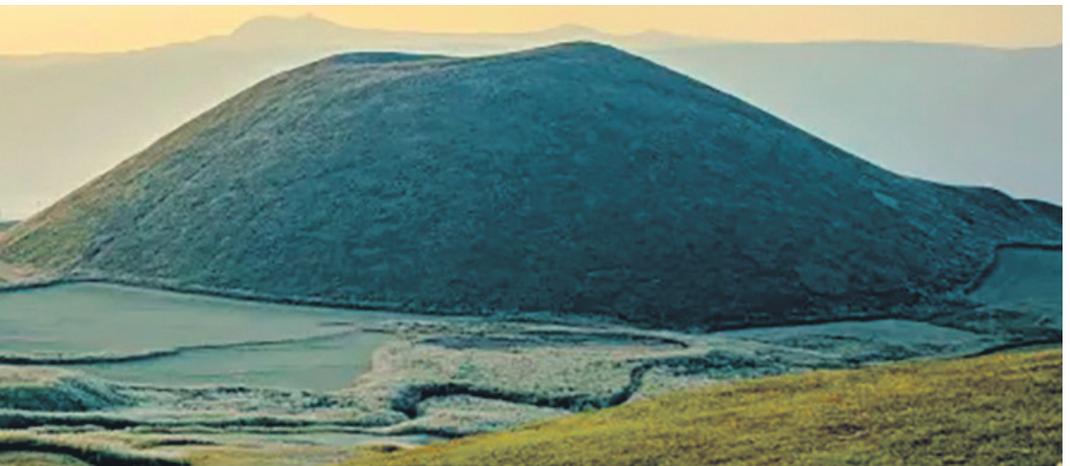
Con el amor más abnegado, participando de todos sus sacrificios y dolores, sin quejarse en manera alguna.

Con el amor más desinteresado, no

considerando más que su beneplácito, sin mira alguna personal.

Así debo servir a Jesús, mi señor. Tengo que servirle no a la manera de un mercenario, sino como sirve un hijo o un buen servidor, que no tiene otro interés ni deseo que la mayor gloria de su señor. No han de ser estorbo para este servicio ni me han de desalentar las dificultades, humillaciones, persecuciones y sufrimientos que me salgan al paso, pues María siguió a Jesús hasta el calvario.

Debo ser desinteresado en el servicio de Jesús, pues no soy sacerdote para adquirir una fortuna, ni para negociar con mis bienes, ni para gozar de cierto bienestar, sino tan sólo para trabajar por el reinado de Jesucristo en las almas, para darle a conocer y hacer que todos le amen y le sirvan, no ambicionando más recompensa que la de los mártires y confesores. Servirle es reinar. Consigo lleva el amor la recompensa, porque, a la verdad, demasiado feliz es quien ama a Jesús y es por Él amado.





Recetas apostólicas

Lo que el Evangelio nos dice sobre los frutos,
comentado por san Manuel González.

Cuántas veces nos engañamos y disculpamos nuestra inacción con estas palabras: “¡Si yo tuviera!” Pero, ¿no sería mejor y más cierto sustituirlas por estas otras?: ¡Si yo quisiera...!

“No se canse usted, todo es inútil...”
¿Quién podría contar el número de brazos cruzados, de entusiasmos que se han enfriado, de obras buenas que se han dejado de hacer por ese consejo amistoso dado con aire de compasión caritativa?

Y después de todo ¿se puede afirmar en sana teología, que la obra buena de un cristiano de recta intención sea ni una sola vez inútil para Dios, para el prójimo y para él mismo?

Hablan mucho y hacen poco

Una pregunta fácil, y para meditar su respuesta: ¿Por qué habrá hecho Dios la lengua más corta que el brazo? La respuesta queda a cargo de los que hablan mucho y hacen poco o nada.

Yo he examinado esa frase de “no se canse usted que todo es inútil” y me he convencido de que el único que la puede decir con toda verdad y con toda caridad es Dios.

Es el único que conoce todo el alcance y todo el fruto individual y social, natural y sobrenatural de una buena obra. En sus cansancios y desalientos ¿se le ha oído decir a Él?

Voy empezando a mirar con preven-

ción la palabra descansar y a los que la pronuncian en el más lastimero de los tonos. ¿Saben por qué?

Porque la oigo decir mucho a gente de quienes sé que no tienen otro título para descansar que el cansancio que les proporciona el no hacer nada.

Muchas veces esta frase: ¡Estoy tan cansado... podría completarse con esta otra: De no hacer nada...! No hay cosa que más canse, que el descanso exagerado.

El día en que cada granito de arena de las playas del mundo, dejara de estar en su sitio aburrido de ser tan poca cosa, nos ahogaríamos todos los vivientes.

¿Han pensado en eso los que llevados de una humildad, más veces de boca que de corazón, dejan de trabajar?

“Más hace el que quiere que el que puede”, dice el adagio castellano; eso me explica por qué pueden tan poco tantos cristianos: que ¡quieren tan poco!

¡Ah! ¡si los cristianos quisieran!...

Me he convencido de que no hay palabra más elástica en nuestro vocabulario que ésta: Imposible. ¡Cuántas veces la he oído decir al parecer con sinceridad, para excusar una limosna, un trabajo, un poquito de sacrificio y con las obras hechas a continuación la he visto desmentida o... estirada!

¿Cuántas veces habrán visto tras de un rotundo no puedo dado a la obra de celo, de caridad, de desprendimiento, un sí puedo dado a obras de capri-



Cuántas veces nos engañamos y disculpamos nuestra inacción...

cho, de mundo, de vanidad que exigen más trabajo, más dinero y hasta más sacrificio que aquella que no se podía?

¡Oh, la elasticidad de las palabras! Ante la elasticidad del no puedo, ¿saben ustedes, cómo se me ocurre que deberían, los que lo dicen, acabar la frase para no mentir?

— ¡No puedo... ser más embustero!

O así: — ¡No puedo... ser más egoísta!

No puedo... no puedo...

A los que se empeñan en excusarse de trabajar y quedarse tranquilos con ese pretexto, yo les pediría que se pusieran de rodillas delante de un Sagrario y dijeran: “Señor, aunque yo sé que Tú estás ahí y que puedes y quieres ayudarme a mí en todo, he decidido no hacer nada porque... no puedo”.

¿A que no se atreven?

Del bienaventurado santo Cura de Ars he leído que una sola vez en su vida dijo: “No puedo más”.

¿Saben cuándo lo dijo? El día antes de morir.

Y ¿qué me dicen ustedes, de esos que a cualquier sacrificio, a cualquier ayuda a cualquier desembolso que se les pide responden que no puedo más y... no se mueren al día siguiente?

Lo que esconde

Yo no conozco una frase que encubra más mentiras y más hipocresías que ésta: “No puedo...”

En vez de la obra de Dios o del pró-



ADORADORES



“Más hace el que quiere que el que puede”...

jimo, pongan la obra del yo y... verán cómo se mentía...

¿No se han fijado ustedes, en que casi siempre los que menos trabajan en lo suyo son los que más trabajan en que los demás no trabajen...?

Parecen que las manos trabajan a costa de la lengua, y que la lengua trabaja a costa de las manos; ¿no se han fijado ustedes en que los que hablan más son los que trabajan menos?

El apóstol que no sirve a su prójimo en su alma y en su cuerpo; que no edi-

fique con su ejemplo, que no tengo palabras de gratitud y alabanza a Dios no es apóstol.

He leído atentamente el Evangelio y no he visto que una sola vez los labios de Jesucristo dijeran esta palabra ante cualquier obra buena: “no puedo”. En cambio, de labios de muchos cristianos, cuando se les invita a alguna obra buena, casi no oigo más palabra que ésta: “No puedo...” ¡Medítenlo frente al Sagrario!

San Manuel González

Momento eucarístico hecho poesía



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Oración a los ángeles para obtener devoción a Jesús Sacramentado

Ángeles del cielo, que rodeáis el Santo Tabernáculo del Altísimo, me uno a vosotros en los homenajes y adoraciones que rendís día y noche a Jesús Sacramentado. Quisiera amarle con un amor tan puro, tan verdadero, tan ardiente como el vuestro; pero soy tan ruin y pecador que nada puedo hacer que sea digno de su Divina Majestad. Dignaos suplir mi cortedad, y alcanzadme las gracias que necesito para recoger los frutos de tan santa devoción. Feliz el alma que encuentra sus delicias en vivir junto al Tabernáculo del Señor, y allí conversar con su Amado y pasar las horas en su compañía. ¡Oh Angeles del cielo! Venid en mi auxilio, inflamad mi alma con el fuego del amor que os abrasa, para que mi corazón sea digno de adorar a Jesús Sacramentado. Amén. (San Josemaría Escrivá)

El Divino Jesús nos convida a estar con El

Siento nostalgia de Ti,
mi Jesús Sacramentado.
De estar a tus pies sentado,

a la sombra del Sagrario.
Tengo deseos de cielo,
anhelos de eucaristía
del Jesús Amor Eterno,
del Dios de santa alegría.
Estor sediento de Ti
Y no se que hacer mi Dios.
Dame de Ti se mi alimento.
Eucaristízame en este momento.

Oración antes de retirarme

Jesús mío, dame tu Bendición antes de retirarme, y que el recuerdo de esta visita permanezca en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós Jesús mío. Santísima Virgen, Madre de Dios y Madre mía, que por tu intercesión he alcanzado la gracia de realizar esta adoración, concédeme que pueda repetirla, todos los días de mi vida. San José, Patrono de la Iglesia, ruega por nosotros. Amén.



Santo del mes: 22, san Juan pablo II

“La Santa Misa es el centro de mi vida y de cada jornada”

San Juan Pablo II, fue un gran enamorado de Cristo Eucaristía, culmen de toda la vida cristiana. Citas para meditar.

El papa san Juan Pablo II solía afirmar en muchas ocasiones que la Eucaristía era el centro de su jornada cada día, y con ello nos ha dejado un precioso testimonio de la importancia de la misma para la Iglesia y para la vida personal de cada uno. A continuación algunas frases para meditar sobre tan insigne sacramento:

- La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia.

- La mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente

en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor.

- La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia.

- La adoración del Santísimo Sacramento tiene cotidianamente una importancia destacada y se convierte en fuente inagotable de santidad.

- La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por ex-

Un poco sobre su vida

Polaco nacido en 1920. Bajo la ocupación nazi trabajó en una cantera y luego en una fábrica química, y en 1942 ingresó al seminario clandestino de Cracovia y fue ordenado sacerdote en 1946. Fue arzobispo y cardenal de Cracovia y en 1978 fue elegido papa y su pontificado duró 27 años. Murió en 2005. Realizó 104 viajes apostólicos por el mundo; proclamó 1.338 beatos y 482 santos. Escribió 14 encíclicas y otros 70 documentos.





El Papa celebraba con mucha piedad la Santa Misa y pasaba horas y horas de rodillas delante del Santísimo Sacramento, incluso ya muy anciano.

celencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación.

.- Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega “hasta el extremo” (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.

.- El don de Cristo y de su Espíritu que recibimos en la comunión eucarística colma con sobrada plenitud los anhelos de unidad fraterna que alberga el corazón humano y, al mismo tiempo, eleva la experiencia de fraternidad.

.- Es hermoso estar con Él y, reclinados

sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el “arte de la oración”, ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!

.- La Eucaristía y la Penitencia son dos sacramentos estrechamente vinculados entre sí. La Eucaristía, al hacer presente el Sacrificio redentor de la Cruz, perpetuándolo sacramentalmente, significa que de ella se deriva una exigencia continua de conversión. (Agencias)